

El Árbol de Nuestra Vida

Por el Rev. A. Moerkerken (sermón 316b)

Lectura Bíblica: Eclesiastés 11

Salterio 281: 2, 3
385: 1, 2, 3
203: 4,5
120: 1, 3, 4

Queridos amigos:

Se encuentran las palabras de nuestro texto en el libro de Eclesiastés, capítulo 11 versículo 3, la última parte, donde leemos en la Palabra de Dios:

“Y si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará”.

Con la ayuda de Dios, vamos a considerar **“El árbol de nuestra vida”**. Nuestros tres pensamientos principales serán:

- 1. El árbol parado durante nuestra vida;**
- 2. El árbol cayendo a la hora de nuestra muerte;**
- 3. El árbol yacido en su lugar eterno.**

Primer pensamiento

Amigos, en nuestro texto se compara nuestra vida con un árbol. La ilustración será muy clara esta mañana, aun para los niños. El árbol al cual se refiere el predicador en el libro de Eclesiastés es nuestra vida. No es el único lugar en la Biblia donde se compara nuestra vida con un árbol. En Salmo 1, leemos que el hijo de Dios “Será como árbol plantado junto a corrientes de agua”. También pensamos en lo que predicaba Juan el Bautista: “Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego” (Mat. 3:10). Escuchemos las palabras del Señor Jesús: “Porque cada árbol se conoce por su fruto” (Luc. 6:44). Más que todo, pienso en la parábola de la higuera, donde leemos: “Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtalo; ¿para qué inutiliza también la tierra?” (Luc. 13:7)

¡Cuántas semejanzas se encuentran entre la vida y un árbol! Un árbol es plantado cuando está muy pequeño y joven. A veces se coloca un palo al lado de aquel pequeño árbol para mantenerlo parado cuando vienen las tormentas. Cuando vemos este pequeño árbol, nos es difícil imaginar que dentro de diez o veinte años este mismo árbol será grande, con un tronco grande y una copa llena de frutos. Así, tal como cada árbol se planta, todos nosotros hemos sido “plantados” por el Señor aquí en la tierra. Cuando nacimos, el Señor nos colocó en esta tierra, y durante el transcurso de nuestra vida, crecemos justo como el árbol que se planta en la tierra.

Debemos resaltar el hecho de que la palabra originaria que se traduce en las Escrituras como “árbol” se refiere específicamente a un árbol que lleva fruto. Por supuesto, existen muchas clases de árboles que no llevan fruto, como el pino o el eucalipto. Sin embargo, en nuestro texto, la palabra en el hebreo originario se refiere a un árbol que lleva fruto, tal como los árboles que se encuentran en un manzano o un naranjal. Entonces, podríamos leer nuestro texto como lo siguiente: “Si el árbol *que lleva fruto* cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol *que lleva fruto* cayere, allí quedará”.

¿No es impresionante esta comparación de nuestra vida con un árbol que lleva fruto? Pues ahí se ve el propósito mismo de nuestra vida. No somos puestos aquí en la tierra para nuestro propio placer; Dios no nos ha puesto en la tierra para ganar mucha fama o tener un buen trabajo. Al contrario; el Señor nos ha puesto en esta tierra para que llevemos fruto para Su honor, y para que Él se agrade en los frutos de nuestra vida. En varias instancias, las Sagradas Escrituras nos exhortan que él que pasa su vida sin llevar fruto tendrá como su porción final “el fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. 25:41). Queridos amigos, el *fruto* de nuestra vida es lo que importa al final. No importa cuántos años tengamos; no importa si tenemos mucha fama o no. Lo que sí importa es que por la gracia de Dios, respondemos al propósito por el cual Dios nos ha creado. Esto sí es lo importante: ¡el árbol de nuestra vida!

La Palabra de Dios nos enseña que el Señor viene muchas veces para examinar el árbol de nuestra vida. Esto ocurre hoy mismo, cuando usted puede escuchar este solemne mensaje de la Palabra de Dios. Todos sabemos la parábola de la higuera en Lucas 13: después de tres años, la higuera estaba parada en la tierra, pero no llevaba fruto alguno. La pregunta para usted y para mí esta mañana es: ¿por cuántos años ya hemos estado parado en esta tierra? ¿Por treinta, cincuenta, o aun setenta años? Si el Señor viniera para buscar frutos en su vida, seamos honestos, ¿encontraría “frutos dignos de arrepentimiento”? (Luc. 3:8) ¡El Señor busca fruto, amigos!

Para que un árbol lleve fruto, es muy importante el lugar *dónde* se encuentra el árbol. Si el árbol está plantado en un lugar arenoso, no habrá ningún fruto. Más bien, el árbol se secará. Otros árboles, sin embargo, se encuentran en una tierra fértil, y ahí habrá una distinción notable. Déjenme explicar esto en cuanto a nuestra vida.

Aunque no podemos salvarnos a nosotros mismos, existe una gran distinción entre ser plantado en el mundo o ser plantado en la iglesia bajo la enseñanza de la Biblia. Algunos padres nos criaron en el mundo, y nos llevaban al cine y a la cancha de fútbol. ¿Cuál fruto se puede esperar de nuestra vida si hemos sido plantados, por así decirlo, en aquella tierra arenosa de este mundo? Por otro lado, si hemos sido criados en la tierra fértil de la iglesia, donde la lluvia de la Santa Palabra de Dios cae cada domingo, y donde se encuentra el sol del Evangelio, es una gran bendición, aunque es cierto que la obra de la salvación siempre es un don del Espíritu Santo. ¡Cuántos miles de personas hay en nuestro día que están en la tierra infértil y arenosa de este mundo! Buscan su placer en los coliseos y en todos los placeres del mundo. ¡Todos estos lugares son infértiles! Ahí los pequeños árboles, es decir los jóvenes, se secarán y morirán, pues ahí no cae la lluvia de la Palabra de Dios.

Sin embargo, nosotros hemos sido plantados junto a corrientes de agua, en la tierra fértil de la Palabra Divina. ¡Estamos tan cerca a los ríos de agua viva! ¡Cuán terrible será, entonces, haber sido plantado tan cerca a esas aguas dulces y no llevar fruto alguno! Niños en medio de nosotros, ustedes son como árboles jóvenes de cinco, ocho, o diez años. Hay otros en medio de nosotros que están en la fuerza y vigor de su vida, con unos treinta, cuarenta, o cincuenta años. También hay árboles viejos en medio de nosotros, que tienen setenta o hasta ochenta años. No importa cuántos años tengamos, *todos* somos árboles plantados en esta vida.

La pregunta que el Señor nos hace ahora es: ¿Alguna vez llevó su vida algún fruto digno de arrepentimiento? Mis queridos amigos, con cada uno de nosotros, la respuesta a esta pregunta es afirmativa o negativa. En su epístola, el apóstol Judas habla de “nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados” (Judas 12). Así Judas describe la gente que no es salva como nubes sin agua. Sí, así somos, amigos, si no somos convertidos. Si somos así, nunca hemos sido de provecho a nuestro prójimo, y jamás hemos buscado vivir a la gloria de Dios. Entonces somos “dos veces muertos y desarraigados”. Así es por un lado, pero también hay otros que no son así. El profeta Isaías nos describe cómo puede ser por otro lado, donde leemos: “En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la

ortiga crecerá arrayán; y será a Jehová por nombre, por señal eterna que nunca será raída” (Is. 55:13).

Segundo pensamiento

Ahora, vamos a considerar en nuestro segundo pensamiento *el árbol cayendo a la hora de nuestra muerte*. Nuestro texto dice: “Si el árbol cayere al sur, o al norte”. Tarde o temprano, cada árbol cae. Niños, cuando caminen a sus casas después del culto, verán árboles al lado del camino. Tal vez nunca se han dado cuenta de estos árboles, pero esta vez fíjense en ellos por un momento. Tarde o temprano, cada uno de esos árboles, sea grande o sea chico, caerá algún día. Y les pido pensar por un momento; así serán sus vidas: tarde o temprano, todos tenemos que morir.

Hay muchas maneras en que los árboles caen. Hay algunos árboles que son afectados por un mal, es decir, se enferman, y de pronto aquel árbol sería cortado, pues tiene una enfermedad incurable. Estos son los árboles *marcados*. En algunas ciudades, las autoridades marcan estos árboles con una cruz, para que sea cortado luego. Tal vez haya algunas personas aquí hoy que son así: son como los árboles marcados, ya que tienen una enfermedad incurable. Usted lleva la marca de la muerte, y por más que viva unas semanas o unos meses más, ya lleva la marca, y pronto estará muerto. De hecho, todos somos árboles marcados en algún sentido, pues todos llevamos la marca de la muerte. No obstante, ustedes me entienden cuando me refiero a las personas que son marcadas con alguna enfermedad incurable.

También hay árboles que mueren y caen por causa de la vejez. La corteza del árbol comienza a caer, las hojas se secan y el árbol empieza a doblarse. Se hace claro que no falta mucho tiempo para que el árbol caiga. Igual es, entonces, con nosotros: hay algunos que ya están de una edad muy avanzada, puede ser hasta ochenta años o más. Estos árboles caerán pronto, pues no es posible que vivan muchos años más. Como bien dice el refrán: “Los jóvenes *pueden* morir, pero los ancianos *tienen que* morir”.

También hay árboles que caen durante una tormenta violenta. En el pasado usted pasaba por donde estaba este árbol y se admiraba al ver su tronco grueso y su copa enorme. De repente viene un huracán, y la próxima vez que usted pasa por el lugar, se encuentra el árbol cortado, yaciendo muerto y quebrado en la tierra. ¿No es así en cuanto a la vida humana también? Hay personas que mueren después de una enfermedad de apenas algunos días. Un día usted ve a esta persona y le habla, y la próxima vez que escucha de dicha persona ya está muerto.

Aun más, hay árboles que caen al ser alcanzado por un rayo. Para esos árboles no es necesario que una tormenta los tumbé, pues caen en un *instante*. Otra vez, ¿no es así con nosotros, amigos? Hay personas que mueren en un instante, sea en un accidente de tránsito o un infarto cardíaco.

Así que es muy claro que hay muchas formas de morir: uno puede morir después de una larga enfermedad; otro puede morir repentinamente y sin haber estado enfermo. Sin embargo, lo verdadero es que *todo árbol cae*. Tarde o temprano, todos nosotros moriremos. Igual que los árboles, algunas personas mueren muy jóvenes, y otros mueren muy avanzados de edad. Es cierto que la mayoría de los árboles mueren muy viejos, y después de haber sufrido una enfermedad; sin embargo, de vez en cuando se ve un árbol caer en su fuerza y vigor, y muy joven. Hubiéramos pensado que aquel árbol que estaba parado ahí tan firme y fuerte jamás caería, pero de un momento a otro, después de una tormenta o un rayo, el árbol cae de repente.

Igual que los árboles en una tormenta, de vez en cuando cae una persona muy joven, aún estando en su niñez y recién plantado. Yo lo he visto pasar, y sin duda usted también lo ha visto alguna vez, que cae un árbol de apenas un año, o aun menos. Así hemos visto a niños morir, tan rápidamente e inesperadamente, cuando jamás alguien hubiera pensado que caerían. No piensen, padres, que eso nunca pasaría en su familia. Es algo sumamente triste estar presente en el velorio de un niño muerto, pero nos muestra la realidad de que aun los niños no pueden escapar la muerte cuando les alcanza. A veces una plaga afecta una arboleda, y muchos árboles fuertes y jóvenes caen uno tras otro; ¿no es así cuando una plaga afecta a los niños, y se ve uno tras otro morir repentinamente? Leemos sobre estas plagas o enfermedades cada día en las noticias. Sin embargo, muchas veces no nos toca personalmente, y no nos afecta, pues no habíamos conocido a los niños que han muerto, y así olvidamos de la noticia tan pronto como la habías escuchado. No obstante, estas noticias *sí* nos afectan, pues nos dicen a gritos que en cualquier momento el árbol de nuestra vida puede caer.

¿Por qué es así, amigos? ¿Por qué tiene que caer cada árbol? Ahora bien, no nos detengamos en lo que son los *resultados* del pecado. Es muy peligroso fijarnos solamente en los resultados de pecado. Tal vez usted ha visto a alguien tirarle una piedra a un perro, y el perro ha intentado morder la piedra. El pobre animal no se da cuenta de que hubo una mano detrás de esa piedra, ¡la mano que la tiro! Así es cuando nos fijamos en la muerte, y nos olvidamos de la *causa* de la muerte. ¡Cuántas veces miramos ciegamente a la muerte, que incluso puede haber entrado en

nuestra propia casa! Es una gran bendición cuando recibimos ojos para ver la mano que nos ha tocado con esa muerte. Es un privilegio poder decir: “Señor, ¿qué quieres decir con este azote que nos ha alcanzado?” Qué gran bendición poder mirar a la *causa* de los resultados del pecado.

Entonces, ¿cuál es la causa de que todas las personas tienen que morir tarde o temprano? Amigos, otra vez es necesario volver al árbol. Esta vez miremos al árbol que estaba en el Paraíso: el árbol de la ciencia del bien y del mal. Este árbol fue el que representaba la autoridad de Dios, y nosotros, en nuestro padre Adán, hemos comido del fruto prohibido de aquel árbol. Romanos 5:12 nos explica muy bien: “Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte pasó a todos los hombres, *por cuanto todos pecaron*”. Es mi oración, padres e hijos, que el Señor los lleve a ese árbol, para que aprendan la profunda raíz de sus tristezas, y para que sepan por qué hay enfermedades, por qué un niño tiene que morir tan joven, y por qué este mundo está lleno de aflicciones. Si el Señor enseña a un pecador sobre ese árbol del Paraíso, y el pecado cometido por el hombre ahí, ya no queda más que asombrarse por el hecho de que el Señor aún nos permite tener un lugar en este mundo. El pecador ya estará de acuerdo con lo que leemos en las Escrituras: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias” (Lam. 3:22). Entonces el pecador se sentirá digno del infierno. Esos son los frutos de la gracia divina en el corazón.

Nuestro texto dice “Si el árbol cayere”. ¿Alguna vez ha visto caer un árbol? Tal vez el árbol cayó de ser cortado con un hacha, muy gradualmente, o tal vez el árbol cayó más rápidamente después de ser cortado con una motosierra. De todos modos el momento llegó, y de un rato a otro el árbol cayó con un gran ruido. Es algo muy impresionante, ¿no es cierto? ¡Cuánto más impresionante es ver el árbol de la vida de uno caer! ¡Qué experiencia más inolvidable es estar al lado del lecho de muerte de uno, sea una persona muy joven o muy anciana. Al final el “árbol” cae, y la persona muere. Escuchemos lo que nos exhorta Juan el Bautista: “Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles”. ¿Creemos esto, amigos? El hacha no está en un lugar lejos, sino ¡ya está puesta a la raíz! ¡Sólo falta un hachazo más y el árbol de nuestra vida caerá! Cuando un árbol comienza a caer, no es posible detenerlo, ni con cien personas; y así es con nuestra vida: “*Si el árbol cayere*”, ¡no es posible evitar que caiga! ¿Quién puede detener la muerte cuando llega la hora designada por Dios?

Leemos en nuestro texto: “Si el árbol cayere al sur, o al norte”. En la naturaleza, casi todos los árboles se inclinan a un lado u otro; es difícil encontrar un árbol que sea completamente

recto. Es más, cuando caen los árboles, normalmente se caen en la dirección a la que se inclinaban. Ahora bien, tratemos de considerar cómo se puede aplicar esta lección a cada uno de nosotros. Cuando una persona cae al tiempo de su muerte, también caerá en la dirección a la que se inclinaba durante su vida, ¿no es cierto? De ese modo, es posible saber antes de que caiga un árbol hacia qué dirección caerá, y lo mismo puede decirse en cuanto a los hombres. ¡Caeremos hacia la dirección a la que nos había inclinado durante nuestra vida! Si las “ramas” de nuestra vida habían sido extendidas hacia el pecado o hacia el mundo, cuando muramos, caeremos hacia aquella dirección. O, si por la gracia de Dios, nuestras “ramas” se han extendidas hacia la comunión de Dios, y cuando el “árbol” de nuestra vida se había inclinado hacia Él, entonces caeremos por aquel lado.

Nuestro texto dice “al sur, o al norte”. ¡Sólo nos presentan dos opciones! No se hace mención alguna del este o del oeste. Y amigos, así es con nuestra vida: sólo existe *dos posibilidades* al momento de la muerte. Sólo es posible caer o “al sur, o al norte”. ¿Acaso no es esto lo que hace que la muerte sea tan solemne? Cuando el árbol de nuestra vida muere, cae hacia su destino eterno. Como pastor, he tenido que pensar en esta verdad solemne tantas veces al estar al lado del lecho de muerte. Muchas veces he orado en silencio: “Señor, el árbol está por caer (o tal vez ya ha caído); ¿hacia qué dirección habrá caído?” ¿Caerá hacia el norte o hacia el sur? En las regiones del norte de este mundo el sol no brilla, y siempre está frío y oscuro. En cambio, en las regiones del sur, el sol brilla fuerte, y siempre hay calor. El norte representa el infierno oscuro, donde no habrá luz ni esperanza jamás, mientras el sur representa el bendito lugar celestial, donde brillará para siempre el Sol de Justicia, el Señor Jesucristo. ¿Dónde caeremos a la hora de nuestra muerte: al norte o al sur? Todos nosotros caeremos hacia un lado u otro, y por eso es tan solemne pensar en la hora de nuestra muerte, cuando entraremos en nuestro lugar eterno.

Vivimos en una época cuando la muerte y el estado final de las personas hacen poca impresión, y por ende, muy pocos piensan en la muerte mientras están con vida. Aunque veamos a los enfermos en los hospitales, o aunque veamos un muerto al lado del camino, poco nos impresiona, y cuán rápidamente desaparece la impresión. He visto que alguien había caído muerto en la calle, en un charco de sangre, y otra gente pasó al muerto con apenas una sola mirada rápida, para luego seguir su camino, apurada como siempre. Tal vez al echar un vistazo al muerto, esas personas hayan pensado: “¡Qué pena!” Sin embargo, siguen en su carrera hacia su destino, sin pensar dos veces en la solemnidad de lo que acabaron de mirar. Oh amigos, el pobre

hombre de nuestro siglo ya no se da cuenta de que existe una eternidad después de esta vida: una eternidad que todos pasaremos o en el norte oscuro o en el sur brillante. Amigos, ¿han perdido ustedes estas impresiones serias de la muerte también?

Antes de considerar nuestro tercer pensamiento, cantemos **Salterio 203, las estrofas 4 y 5**.

Tercer pensamiento

Así, amigos, hemos considerado el árbol de nuestra vida, parado y fuerte por algunos años, originalmente sembrado para el honor de Dios y el bienestar de nuestro prójimo, pero todos inclinándonos al norte o al sur al final, para así caer a la hora de nuestra muerte. Ahora vamos a considerar nuestro último pensamiento, *el árbol yacido en su lugar eterno*.

Nuestro texto termina con las palabras: “En el lugar que el árbol cayere, allí quedará”. Ustedes entenderán que en muchas maneras la imagen del árbol ya no puede compararse con nosotros. Pues después de caer, el árbol sigue siendo útil para muchos, sea para ser cortado en tablas de madera, o aun para ser usado como leña. De cierto modo podemos aplicar la lección aquí, pues hay algunos que siendo muerto, “aun hablan por ella” (Heb. 11:4). Estas personas dejan un testimonio tan impresionante de la gracia de Dios, de modo que son recordados por los hijos de Dios, sea por sus palabras o por sus escritos que habían quedado grabados. Otras personas son como los árboles que no son útiles para nada más que el fuego, y no se piensa más en ellas.

Sin embargo, cuando cae un árbol, muy pronto es llevado a otro lugar o quemado, y no queda más de ello. ¡Esto no es el caso con el hombre! Es cierto, el cuerpo muerto es llevado a la tumba, pero el árbol de la vida, es decir el alma, de cada persona muerta yacerá en su destino eterno. En el día de días esa alma se reunirá con el cuerpo para el juicio final. No obstante, en el instante de la muerte el alma de cada persona va a su destino eterno, o el cielo o el infierno. Y, “en el lugar que el árbol cayere, allí quedará”; nunca habrá la posibilidad de cambiar de lugar una vez que el alma haya entrado en su destino eterno.

Por eso, el árbol que cae hacia el sur también quedará en el sur para siempre. Oh hijos de Dios, ¡qué será eso para aquellos que sirven a Dios y son privilegiados a caer hacia el sur! Es cierto, la *caída* del árbol puede ser terrible; la muerte es el último enemigo para el pueblo de Dios. A pesar de eso, para el pueblo de Dios, la muerte ya no es la paga del pecado, sino su pasaje a la vida eterna. ¡Cómo será entonces para aquel pueblo, para ya ser árboles plantados

junto a corrientes, siempre llevando fruto para la gloria de Dios, en la presencia del gran Árbol de Vida, el Señor Jesucristo! ¡Qué privilegio será para ese pueblo ser injertado en Él! Nunca más sufrirán de aflicciones y tentaciones, y después de que haya pasado mil millones de años, ¡la Iglesia bendita apenas habrá comenzado a glorificar a Su Redentor!

Jóvenes en medio de nosotros, ¿no desearían morir así? Pero no es posible *morir* así si no *vivimos* así, ante el Señor. ¿Qué puede proporcionarle esta vida? Tal vez usted piensa que es muy joven, así que no tiene que pensar en la muerte. ¿Acaso no hemos escuchado en este mensaje que hay árboles que pueden ser cortados cuando son muy pequeños? Oh, pero qué bendición, habrá muchos niños y jóvenes en la tierra de Emanuel, “árboles” que maduraron muy temprano, y que fueron “cosechados” por el Señor a una edad muy joven. No se olviden de que también es posible que los niños y los jóvenes mueran; la muerte no sólo pertenece a la vejez. Oh, ¡pidan al Señor que Él les convierta, para que cuando mueran, el árbol de su vida caiga en el cielo!

Sin embargo, nuestro texto también habla de otros árboles que caen “al norte”. ¡Cómo será, amigos, caerá en la oscuridad eterna, donde jamás será posible conseguir el favor o la gracia de Dios! En la parábola del rico y Lázaro, el rico cayó al norte, al infierno, y leemos que clamó: “Estoy atormentado en esta llama” (Luc. 16:24). Nuestro texto termina con las palabras “allí quedará”. Así es: allí habrá niños, jóvenes, y ancianos que no quisieron que Jehová fuera su Rey. Cuán solemne son estas palabras: “allí quedará”; todos quedaremos o en el cielo o en el infierno.

¿Saben qué necesitamos todos nosotros? Necesitamos que seamos cortados del viejo árbol de Adán, y que seamos injertados en el Árbol de Vida, el cual es Jesucristo. Oh, hijos de Dios, ¡piensen en eso! Aquel Árbol de Vida también cayó; sí, ¡Él que jamás había pecado! Después de 33 años en este mundo, Él también cayó, de una forma tan terrible, de modo que el sol se oscureció, las rocas se partieron, y la tierra tembló. Imagínense, Él tuvo que caer hacia el norte, hacia la oscuridad del infierno, para que Su pueblo no cayera allí. Él cayó de Su propia voluntad, como Fiador para Su pueblo que merece estar en la oscuridad eterna para siempre. Él experimentó los dolores y las angustias del infierno, según cuerpo y alma, en lugar de Su pueblo.

Sin embargo, aquel Árbol se levantó, se resucitó de los muertos, y Su Padre Lo plantó en el cielo para siempre estar con Él y para gozar de Su comunión desde los siglos hasta los siglos. Y, pueblo de Dios, gracias a lo que hizo Jesús, usted no tendrá que caer hacia el norte; usted no caerá en el infierno en el momento de su muerte. Por causa de Jesús, usted caerá hacia el sur, hacia el cielo, donde estará privilegiado morar con Él para siempre, Amén.